



«No tengo oído para bailar esa música»

Reflexión intencionada sobre la crisis de la Acción Católica Española*

Si compartimos que la función de los teólogos es reflexionar al servicio de la comunidad cristiana y que esa tarea ha de hacerse con honradez, siendo amigo de Platón, pero más de la verdad, entonces estará justificada mi aportación aquí como un apunte de reflexión crítica movido por un interés eminentemente teológico y práctico.

Voy a hablar de una experiencia reciente de nuestra Iglesia española. Quiero evocar y traer a la memoria esa experiencia. Quiero reflexionar sobre ella. Quiero, por fin, ¡que por querer no quede! convencido de su valor teológico, aventarla aquí, refiriendo algunas exigencias que, a mi entender, comportaría su recuerdo en clave de heredamiento de la riqueza evangélica alumbrada en ella.

¿De qué experiencia se trata? El nombre que se le dio fue la crisis de la Acción Católica, aunque mejor sería llamarla su desastre o ruina, y ocurrió entre nosotros en tiempos de dictadura: en el segundo lustro de los años sesenta. Evocar aquel tiempo, aquella circunstancia, lo vivido y ocurrido entonces, no es fácil. Seguramente, el fracaso de la empresa está asegurado precisamente allí donde se dice saber ya a qué nos referimos. Pero, en primer lugar, ¿a qué viene recordar ahora la crisis de la A.C.? ¿qué interés puede tener acordarnos de aquello? ¿de qué y a quién servirá volver los ojos desde el último recodo del siglo XX hacia algo ocurrido en la Iglesia española durante el penoso trecho de la dictadura franquista? ¿No suena, además, el nombre de «Acción Católica» a cosa

* «Lección inaugural del curso 1994-95 en el CETEP». Murcia.

de otra época? ¿No es ella misma una institución del catolicismo moderno históricamente ya periclitada? Ocuparse de ella tendrá un interés histórico, pero escasa actualidad o relevancia. Hay que decirlo con urgencia: a estas alturas, hablar de militancia, y más de militancia cristiana y obreira, ¿no es estar completamente en Babia?

Sin embargo, no voy a responder con tanta urgencia; de momento, sólo precisar que la experiencia a que me refiero no es propiamente la crisis en sí, sino lo vivido por la Iglesia implicada en ella, especialmente la porción de iglesia que eran los militantes de los movimientos apostólicos de aquella hora. Y el acercamiento que propongo a esa experiencia no es historicista o histórico, en el sentido convencional, ni como historia del movimiento católico ni como historia de la Iglesia; sino movido por un interés teológico-práctico: postulando su relevancia para la vida de nuestra Iglesia.

Antes de dirimir si mi propósito es viable será, no obstante, necesario, y como forma de entrar en materia, evocar aquel conflicto, pues su importancia —la hecha valer hasta hoy— no es tan clara que merezca la atención ni siquiera de todos los que se ocupan de escribir sobre el pasado reciente de la Iglesia de España. Recordaré, simplemente, algunos hechos, con la inevitable parcialidad en su apreciación, sin pretensión, por tanto, de exhaustividad ni de acierto exclusivo en su enjuiciamiento; y que cada cual complete con arreglo a sus propios conocimientos —que en muchos de ustedes excederán en mucho los del que les habla—.

1. CONFLICTO Y ENFRENTAMIENTO ENTRE DIRIGENTES DE LA A.C.E. EN 1966

«Trae el mar esta madrugada rumores de islas emergentes, de barcos vomitados a la superficie y de cadáveres empezando a bracear». Cfr. Ap. 20, 13.

La crisis de la AC es una maraña de acontecimientos ocurridos a partir de las desavenencias habidas en la cúspide de la organización entre su dirección seglar y la eclesiástica. Referirla imparcialmente no es posible, porque al recordarla los testigos entremezclan hasta el día de hoy los hechos y su valoración. Los testimonios han de contrastarse necesariamente con documentos. Pero estamos de cierta enhorabuena, porque esa documentación, a tener en cuenta por quien quiera hacerse una idea menos parcial de lo sucedido, resulta hoy accesible gracias a

una publicación reciente, por la que todos los que amamos las cosas de nuestra Iglesia debemos estar muy agradecidos a su autor. Este, uno de los más directamente implicados en aquel conflicto, ha querido hace poco, en 1989, dar a la luz pública una serie de documentos imprescindibles para tener información bastante fiel y directa de lo sucedido. La portada de su libro reza: «Crisis y conflicto en la A.C.E. y otros órganos nacionales de apostolado seglar desde 1964. Documentos revisados y presentados por José Guerra Campos, obispo de Cuenca». Tras ella, más de setecientas páginas, tipográficamente bien aprovechadas, aguardan a los interesados. ¿Servirá de algo decir que el libro no ha levantado ecos ni revuelos, aunque sobradamente los merezca? ¿no será una prueba más de que la crisis de la A.C. es tema cerrado y archivado, causa sobreseída, que, con víctimas o sin ellas, ya a nadie interesa? No podemos en una sola lección enfrascarnos en el examen del material aportado por Guerra Campos. Ya lo he hecho en otro lugar y no quiero cansar con textos antológicos de esa documentación. He saldado mi confrontación con esas páginas escribiendo otras cuantas, fechadas tres años más tarde, también tipográficamente densas y a las que supongo les aguarda un recibimiento similar si, por fin, se hacen públicas.

Para nuestro propósito de ahora, ante lo complicado del panorama y la abundancia de material, se impone una selección, ciertamente drástica y arbitraria. La que yo presento aquí no pretende más justificación que el efecto iluminador y crítico que la perspectiva adoptada pudiese provocar.

Puestos a mirar hacia atrás, vamos a detener nuestra vista en lo acontecido al final del curso 1965/66 en la A.C.E., la organización laical de apostolado implantada en todas las diócesis, numéricamente más importante y la más directamente ligada a la jerarquía eclesiástica. Desde 1959, con la renovación de estatutos y cambios consecuentes, la A.C.E. había pasado a reconocer en su seno de pleno derecho la corriente representada por los movimientos especializados. Ciertamente, una organización tan amplia no cambia de la noche al día. Por eso no puede decirse que toda la A.C. hubiese aceptado ni asimilado el método de la «especialización», pero sí puede afirmarse que este espíritu y pedagogía estaban ganando terreno y dando resultados. En la base, la renovación emprendida se traducía en una intensificación, que implicaba un cambio de signo, de la pertenencia a la A.C. como vocación cristiana: no bastaba con ser socios afiliados, había que llegar a ser «militantes comprometidos». Y hasta en la cúspide de la organización, la cenicienta de la AC, su rama obrera,

destacaba ahora por la calidad de sus dirigentes y la dignidad de sus planteamientos. H.O.A.C. y J.O.C. no eran producto del snobismo pastoral de ciertos clérigos ansiosos de novedades importadas de Francia o de Bélgica, sino del esfuerzo de sus miembros por su promoción, aportando a la Iglesia posibilidades de evangelización eficaces e inauditas. La presencia en la AC de dirigentes obreros no domesticados se dejaba notar, con asombro y con recelos. Los movimientos especializados estaban «tirando» de la A.C. A los siete años de puesta en práctica de los nuevos Estatutos, sus militantes habían alcanzado un alto prado de renovación, como demostraron en la VII Jornadas Nacionales, celebradas en junio de 1966.

1.1. El resumen final de la VII Jornadas Nacionales de la ACE. Un documento «secuestrado».

Era costumbre que como fruto de las jornadas se redactase un documento o manifiesto reflejando las tomas de postura y líneas de actuación de la AC respecto al tema propuesto. Aquellas jornadas terminaron sin documento final, pues el elaborado no recibió la aprobación de la jerarquía. El de aquellas jornadas fue un pronunciamiento «secuestrado», que no ha llegado a ser «documento oficial de la AC», como precisa uno de los obispos que intervino en su prohibición. ¿Qué valor concederle? En opinión de este obispo: «Es sólo una entre otras muchas fuentes informativas, y quizá la menos reveladora»¹. ¿No será precisamente lo reprimido una clave valiosa para entender mejor lo que estaba en litigio? Por mi parte, encuentro en aquel resumen una definición novedosa de la A.C., que resulta exponente tanto de la madurez doctrinal y práctica alcanzada por sus autores como de una de las causas del malentendido con sus obispos, y propongo considerarlo como texto imprescindible a la hora de materializar documentalmente lo que estaba en juego en aquel conflicto.

El tema de las Jornadas había sido «la A.C. a la luz del Concilio». Como recordaremos, éste había sido clausurado en diciembre del año anterior. «A la vista de la imagen del seglar que nos ha dado el Concilio» —leemos en el texto secuestrado—, «la A.C.E. siente el deber ineludible de

¹ J. GUERRA, *Crisis y conflicto en la ACE y otros órganos nacionales de apostolado seglar desde 1964*. Madrid, ADUE 1989, 289.

empeñarse por todos los medios adecuados a su alcance en lograr este tipo de seglar de nuestro tiempo»². Todo lo que dice el documento puede analizarse y entenderse tomando este párrafo como central. Si interpreto correctamente, la A.C. estaba cerrando con él una fase en la que se había entendido a sí misma a partir de la jerarquía como exclusivo sujeto agente del apostolado y pasaba ahora a definir desde sí misma su específica corresponsabilidad en la misión de la Iglesia. Ya no se limitaba a «ver» el ambiente al que era enviada, sino que miraba también cómo tenía que ser el sujeto enviado. El «seglar de nuestro tiempo», el «laico cristiano» pasa por un momento a ser centro de su atención, de la reflexión que la A.C. efectúa sobre su quehacer e identidad; no para quedarse ensimismada, sino para ser eficaz. Conducir la reflexión hacia el «tipo de seglar de nuestro tiempo» era confrontar a cada creyente con su identidad y no lanzarlo a ningún ciego activismo. Si puede decirse que la A.C. estaba a punto de tomar decididamente partido contra la dictadura, hay que añadir que lo estaba haciendo de la forma más radical: no propugnando un enfrentamiento politiquero, sino formando personas resistentes y combativas frente a toda dictadura. Entendido y asumido en esta profundidad, el «compromiso temporal» propagado era realmente peligroso, con la peligrosidad que tiene la fe cuando no es sal húmeda.

¿Malentendería la jerarquía el documento, malentendería el nuevo talante de la A.C.? Seguramente era más conveniente malentenderlo. Sí, aquella C.E.A.S. prefirió malentenderlo, tildándolo de temporalista, para no tener que enfrentarse a la crítica y la intención religiosas que eran su matriz más auténtica y peligrosa. Desestimar, por temporalista, el resumen de las Jornadas, desviando la atención de su intención central, por error o mala voluntad, es una injusticia mayúscula. La A.C. allí representada ve y formula la necesidad de un cambio en la pastoral de la Iglesia, así como de un cambio en las relaciones Iglesia-Estado. Se marcan objetivos a la pastoral y al apostolado. Se exige que toda la actividad de la iglesia pase por un embudo: el de su relación con el mundo. El programa que la A.C.E. quiso darse, oficial y solemnemente, en junio de 1966 no fue «la A.C. contra el régimen de Franco», sino «por un laicado adulto y comprometido». La insistencia en el compromiso no respondía a un relajamiento en la definición de la actividad evangelizadora, sino a una radi-

² VII Jornadas Nacionales de la ACE, *Resumen*, pág. 5. Hemos encontrado un ejemplar de este documento en el Archivo de la J.E.C. (Madrid), Caja 161, carp. 1.4.

calización de la misma: no hay laicado cristiano adulto sin militancia, sin proyección en el mundo. El resumen recoge las demandas de un laicado consciente de su papel en el pueblo de Dios: se pide una pastoral al servicio de un cristianismo apostólico, es decir, que ayude a todo cristiano a vivir la dimensión apostólica de su fe, porque «el principal obstáculo para la realización del laicado cristiano se halla en su propia resistencia a aceptar las exigencias de su vocación cristiana».

El análisis de sus autores no es temporalista ni se circunscribe a la coyuntura política de momento, sino que resulta un «ver» dirigido hacia la actividad de la Iglesia, detectando sus déficits; fe no cultivada, resistencia en el laico a aceptar las exigencias de su vocación cristiana, resistencia en la comunidad a asumir los retos de la opción por la justicia, etc. A lo que se aspiraba no era meramente a derrocar la dictadura, sino a la conversión de la comunidad cristiana, una de cuyas manifestaciones había de ser la lucha contra la dictadura.

La novedad en la concepción de la identidad de A.C. puede sintetizarse en la definición propuesta por aquellos militantes y recogida en el documento-resumen de las jornadas:

«La A.C. es ante todo, consecuencia cualificada de la solidaridad entre laicado y Jerarquía en la ejecución de la única misión que a ambos nos responsabiliza ante el Señor: la Salvación. (...) En segundo lugar, la A.C. se reconoce acción conjunta del laicado y de la jerarquía en orden a la pastoral, para cuya ejecución es indispensable el recíproco reconocimiento de las características propias de los respectivos ministerios jerárquico y laical»³

El punto de partida estriba en el descubrimiento de una misión única que compete tanto a los clérigos como al resto de la comunidad de bautizados: contribuir a que a todos alcance la salvación. De ahí se deriva una solidaridad en la ejecución de esa misión, que requiere el reconocimiento previo y recíproco de la autoridad específica de cada uno de los sujetos implicados.

Repito que retengamos este texto como una de las claves para juzgar lo que estaba en juego en la crisis. Frente el apostolado concebido como acción tutelada por la jerarquía, hay aquí una defensa de un campo propio, de una autoridad específica, de una dignidad teológica de la militancia seglar, que no depende del apostolado jerárquico ni es concesión del

³ Ibid.

mismo, sino consecuencia directa del bautismo y de la identidad social del militante. Será difícil la conjunción, la armonía, pero ésta no se consigue pretendiendo acumular toda la autoridad exclusivamente sobre una de las partes y prescindiendo de la de los demás.

En su sobriedad, la definición de la A.C. propuesta era un torpedo certero contra la línea de flotación del clericalismo. Pesaban mucho los aspectos políticos, pero aquí nos interesan los teológicos, que suponen la valoración de los primeros, pero aportan algo específico, que suele quedar reprimido en aquellos. Lo que había crecido en la A.C. era una nueva eclesiología, que no era mera transposición de textos sobre el laicado, sino consecuencia de la entrega al apostolado como lo practicaban los movimientos especializados. Y parte de la explicación del conflicto estriba en la insensibilidad de cierta eclesiología, escorada en jerarcología, para percibir la legitimidad del planteamiento que aquellos militantes participaban a sus pastores. Por eso el teólogo no debe pasar por alto, como sobre brasas, estos deslices. Lo que hay que defender a ultranza es ésto: la autoridad de muchos de aquellos militantes. Y, adelantando lo que enseguida diremos, pensamos que, al margen de la crisis sufrida en la A.C., el proceso de secularización o la descristianización de nuestra sociedad habrían seguido el mismo curso que vemos, pero la Iglesia española, probablemente, contaría en esta situación con más fuerzas, especialmente con la fuerza indispensable que representa un laicado adulto y militante, del que hoy carece.

1.2. Relevancia política de la crisis de la A.C. o el convidado que se invitó a sí mismo.

Si el texto que hemos venido considerando tiene una circunstancia: el momento de extensa renovación por el que atravesaba esperanzadamente la A.C., su desaprobación nos obliga a tener en cuenta otra circunstancia: el tipo de relaciones que aquel episcopado mantenía con el régimen, que incluían el intercambio de favores políticos, como alguno concreto solicitado desde el Gobierno respecto a la marcha de la A.C. Probar esto no es difícil. Hay constancia de esta petición en las actas de la Conferencia Episcopal Española y tenemos noticia de ella gracias a lo publicado por el obispo Guerra Campos. Se trata de la nota enviada por el Subsecretario del Ministerio de Justicia para su lectura en la asamblea plenaria de la Conferencia episcopal, reunida a últimos de febrero y principios de marzo de 1966. Esta gestión directa del poder político ante la jerarquía

eclesiástica demuestra que en el conflicto que iba a terminar enfrentando a dirigentes y militantes de la A.C. con sus obispos, había un participante que no era ni obispo ni consiliario ni militante, un invitado que se invitó a sí mismo. ¿Será errado pensar a posteriori que a este intruso se le hacía más caso o se le respetaba más que a los de casa?

La Nota denunciaba los brotes de un mal cuya extirpación correspondía a la jerarquía eclesiástica, pues no se trataba de actividades marginales, que rebasasen el ámbito del apostolado religioso propio de la AC, en cuyo caso quedarían sujetas a la legislación general del Estado, a tenor del art. 34 del Concordato, sino de actividades «impropias de la A.C.». La aparición del mal se describía sin rodeos ni equívocos: «Nos referimos al hecho público y notorio de que algunos dirigentes de la A.C., minoritarios pero muy activos, entienden que la Jerarquía está ligada con el Estado en términos improcedentes, que llegan a calificar con la palabra «enfeudamiento», ingrata a la par para la Iglesia y para el régimen fundado por el General Franco (...). Los dirigentes aludidos acusan al Estado de quebrantar los principios de la Moral católica, y (...) llegan a pedir a la Jerarquía que se ponga enfrente del Régimen y que rompa con él públicamente»⁴.

Es difícil exagerar la importancia que debe atribuirse a este mensaje directo que el poder hacía llegar a la jerarquía eclesiástica para que atajase el proceso de «falsificación y de descomposición» iniciado en las filas de la A.C., para que extirpase las «actividades extrañas». Pues, en la confianza de encontrar óptima disposición en los destinatarios, se les adulaba diciendo: «El remedio eficaz de estos males tiene que venir de la Jerarquía, que es quien tiene, juntamente con la mayor autoridad y responsabilidad, los medios para intervenir del modo que hieran menos y curen mejor»⁵.

Episodios como éste pertenecen a la cara oculta del drama que vivió la A.C. ¿Hará falta insistir más en ellos, cuando son indicio de una circunstancia omnipresente y que debería ser obvia al menos para todos los que la sufrieron?

No vamos a seguir. Lo evocado sirva como recordatorio o, a algunos, como noticia. Después vinieron acontecimientos tristes, reuniones repetidas hasta la saciedad y que parecían un prolongado diálogo de sordos que

⁴ Nota sobre la Acción Católica, del Ministerio de Justicia (1966), en: J. GUERRA, *Crisis y conflicto...*, 259 s. (= doc. 47).

⁵ *Ibid.*, 260.

duró hasta que los dirigentes nacionales, en bloque, se marcharon dando un portazo y aquellos obispos se quedaron con una A.C. maltrecha, limpia de militantes molestos y a la deriva, con sólo los dóciles.

1.3. Una opinión militante: «No tengo oído para bailar esa música».

Al publicar su documentación, el que fue obispo consiliario de la A.C.E. persigue, sin duda, la propagación y reforzamiento de una determinada lectura de la crisis. Eso hace más necesario el que nos preocupemos por escuchar a otros protagonistas y contrastar la suya con otras interpretaciones. Al hacerlo, yo opto por privilegiar una de ellas: la de quienes en su día no tenían tanto acceso a la información como el obispo consiliario, pero desde su acceso a la fe y su fidelidad al mundo obrero protestan del juicio injusto de éste. Aunque no podamos aproximarnos con el detenimiento que merece, dejemos al menos que la voz de un militante —uno por todos— nos deje percibir la hondura de esta perspectiva.

El que busque a Cristo hará antes o después la pregunta que recoge el evangelio de Juan: «maestro, ¿dónde vives?». Esta misma pregunta, que a orillas del mar de Tiberiades llevó a los amigos de Natanael a descubrir al Mesías-Cordero de Dios y permanecer con él desde aquel día, me llevó a mí también, a orillas del Cantábrico y del Mediterráneo, por el centro y por barrios periféricos de varias ciudades españolas, en una peregrinación mitad investigación académica, mitad encuentro, fugaz pero enriquecedor, con piedras vivas de mi iglesia, me llevó, digo, hasta la vivienda del matrimonio Etxeandía, y de los Gómez Lavín —un cuarto piso, sin ascensor—, y de los Faus y de varios otros. También al despacho de algún obispo en activo o al refugio de alguno dimisionario. No es indiferente dónde se vive, dónde se está. Porque seguimos pensando, aún en tiempos de exacerbada movilidad, que de la ubicación social y política y no sólo de la pretendida transparencia de los hechos, depende la lectura de los mismos.

«Yo no tengo oído para bailar esa música». Esta frase, título de la lección, es un homenaje al hombre que me la dijo; Iñaki Etxeandía, antiguo militante hoacista, y quizás sintetice buena parte de su vida como militante cristiano, desde los dieciocho años converso a Cristo en el movimiento obrero. Negarse a bailar al son de la música que ahora nos dirá, no ha sido para él rehusar todo baile, sino exigir otras melodías. Su voz, serena durante toda la conversación que mantuve con él, sube de tono al rebatir el juicio, que le transmito, de desviacionismo, crisis de fe y pérdi-

da de identidad cristiana de la militancia madurada en el compromiso temporal. Escuchemos lo que dice.

«Más que crisis de fe en los militantes, yo creo que hubo una decepción en la militancia ante la falta de apoyo de la Iglesia hacia su labor. Hay una cosa que es real: la gente que pasó por la HOAC, que hizo su plan de formación hasta el final, que hizo su conversión personal a Jesucristo en la HOAC —que hubo muchos, lo sé a través de los cursillos que he dado—, esa gente sigue siendo fiel a la Iglesia y fiel al movimiento obrero. Yo siempre he dicho que la Iglesia no ha tenido todavía el valor de reconocer lo que los movimientos apostólicos hicieron por la Iglesia y por la extensión del Reino de Dios en los tiempos más negros de la historia del movimiento obrero en España, que fue la posguerra. No se ha hecho justicia por parte de la iglesia jerárquica en España a los movimientos apostólicos. Lo menos que puede hacer la jerarquía es buscar lo positivo que tuvieron los movimientos, lo que padecieron los movimientos por ser fieles a la Iglesia y al mundo obrero, lo que sufrieron en aquel entonces, y reconocerles, por lo menos, el valor y el mérito que tuvieron. Porque donde únicamente encontró apoyo la militancia fue en los sacerdotes de la base, en los consiliarios de los pueblos, y de ahí para arriba no encontró apoyo en nadie. (...) La verdad está en los hechos, y ahí tienes los que te he contado: manifestaciones contra la injusticia, presencia en los sindicatos contra los sindicatos que no eran sindicatos ni nada, la solidaridad que se estableció, la fidelidad hasta el final. Lo que no puedes es estar bailando siempre con una jerarquía que se pliega a todos los poderes temporales. Porque yo no tengo oído para bailar esa música, y lo único que iba a hacer es pisar y que mi pisasen.»⁶

Sin la autoridad de la sucesión apostólica sacramentalizada y normada, sin especial gracia de estado ni superior responsabilidad alguna, esta opinión se presenta avalada por sí misma, con la autoridad de éstos que en tiempos de dictadura vieron cumplirse en ellos lo dicho por su Maestro y

⁶ Conversación con Iñaki ETXEANDIA, Baracaldo (Vizcaya), 22 de mayo de 1991.

que alguna vez resuena en nuestros templos en la abaritonada voz de algún diácono: «...os llevarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os conducirán ante gobernadores y reyes por mi causa» (Mt. 10, 17 s.). Es un caso reciente y clamoroso —doy testimonio— de la persecución por Cristo y su evangelio, no experimentada precisamente por igual por todos los miembros de la iglesia española durante la dictadura franquista. Cuando desde su autoridad específica, esos militantes, que reprimen obsesivamente toda palabra vana contra las debilidades de sus pastores, salen al paso de la acusación que se les hace, su queja es ésta: hasta el día de hoy no se ha hecho justicia a su memoria, a sus sufrimientos y trabajos por el Reino de Dios; ni la deuda por haber despertado a su iglesia del sueño del bienestar a merced de la dictadura ni el tipo de santidad que les mantuvo a ellos vigilantes en aquella hora encuentran reconocimiento vinculante en el resto de la comunidad cristiana ni en todos sus pastores.

Nos colocamos de pleno acuerdo en pos de esta interpretación y de las razones que la asisten. Pero nuestra simpatía hacia ella no constituye todavía ningún argumento. Y mientras las espadas sigan en alto, será necesaria y buena la discusión, si va precedida de la reflexión que la haga saludable para todos.

2. LA MILITANCIA OBRERA CRISTIANA EN ESPAÑA: UNA MEMORIA CONDENADA AL OLVIDO.

Nuestro propósito al evocar lo acontecido en la crisis era dar paso a reflexionar sobre ella. Obviamente, y no en último lugar por humildad científica, la reflexión que se precisa no puede ser obra individual ni elitista, sino que debiera resultar lo más plural, pública, discutida o compartida posible; si no quiere quedarse en ejercitación literaria o en monólogo de sacristía. Por eso sería necesario empezar reseñando cuál ha sido la recepción pública y académica encontrada por el asunto que nos ocupa, buscando un discernimiento interdisciplinar de los aspectos implicados en él. Pero como explorar y dar cuenta detallada de los condicionamientos, momentos y contenidos de esa recepción también desbordaría los límites a que hemos de atenernos ahora, nos contentaremos con referir la dificultad que nos parece de más bulto y capaz de desecar todo interés por la reflexión que postulamos como necesaria.

De poco o nada sirve que militantes, teólogos, sociólogos, politólogos, historiadores, protagonistas y extraños hayan puesto de manifiesto esta o aquella aportación de la A.C. o de sus movimientos especializados

a la renovación de la iglesia española, al resurgir del movimiento obrero durante la dictadura o a la reconquista de la democracia para nuestra sociedad. Elogios como epitafios, respetuosos e inapelables, con aroma de crisantemo, insinuando lo que son: gestos piadosos para un enterramiento. Apática compasión o indiferencia. Así no se mira lo vivo.

Por eso, nuestra primera reflexión ha de ser precisamente ésta: que no basta cualquier tipo de recuerdo para salvar la herencia de aquella militancia y que la suya es una memoria amenazada, amenazada de olvido, amenazada de muerte. De ahí que no baste con saber qué valoración ha merecido a quienes se han pronunciado sobre ella, sino que, intuyendo claramente su condena al ostracismo, la obsolescencia a que está destinado su recuerdo, e intuyendo que su relevancia práctica disminuirá inversamente a como aumente su valor mensual, de curiosidad histórica insólita, debemos preguntarnos por qué oponerse a lo que llamaremos su óbito natural.

¿Qué es lo que está aquí en juego? ¿Qué interés puede haber en recordar aquello? ¿a quién interesa su rescate? ¿a quién, su enterramiento, en alabanza, lamento o vilipendio? ¿Por qué razón aferramos precisamente a esta herencia, al cambio de hoy tan devaluada, irrisoria?... No son éstas, a mi entender, preguntas retóricas. Por eso conviene, se nos exige que les busquemos respuesta.

Por mi parte, no encuentro una razón apodíptica por la que la iglesia española tuviese que obligarse a recordar de modo vinculante las experiencias de aquella militancia o canonizar la santidad alumbrada en ellas. Son tantas las experiencias concurrentes, posiblemente todas ellas por igual dignas de recuerdo y emulación, que exceden, sin duda, la capacidad de memoria de cualquier Iglesia o grupo humano. No decimos, pues, que haya necesariamente que hacer memoria de aquella militancia; ni se observa nuestra alguna de que tal cosa vaya previsiblemente a suceder. La necesidad de acordarse de la crisis de la A.C.E. no puede ser probada, sí ofrecida a probar. No pretendemos imponer a todos el recuerdo concreto de aquella militancia. Lo que sí sostenemos es que hay algo a lo que la iglesia no puede renunciar sin correr grave peligro de suicidio: a la memoria de éste u otros hechos que le impidan un recuerdo triunfalista e inocente de su andadura histórica correcta. El peligro último a que se expone una iglesia que cediese al cultivo de una memoria inocente de sí misma sería cortar sus vínculos con el propio Jesús de la historia, sin los cuales, como confesamos con el Calcedonense, no hay fe cristiana. Porque, dicho al hilo de nuestra lección, no sería obsoleto sólo el estilo, las canciones o el compromiso de

los militantes de A.C. cuya praxis queremos poner de relieve, ¡sería obsoleto el madero y el crucificado! Los venenos de nuestra fe se secarían en su origen.

Que no encontremos razones últimas, inapelables, no quiere decir que no las haya, muy valiosas, para defender la conveniencia de lo que nos exponemos proponer. Una de ellas es la necesidad que tenemos de una militancia seglar hoy en peligro de desaparición. Si la Iglesia quiere enfrentar lúcidamente su agónica situación en las sociedades «avanzadas» en las que históricamente tuvo un papel social hegemónico, una cita obligada de su reflexión será la toma de conciencia de su pasado reciente. ¿Tiene la Iglesia española, mirando su andadura inmediata de ayer, de dónde sacar fuerzas para tirar adelante?

En este final de siglo, el catolicismo experimenta un importante desplazamiento geodemográfico: la mayoría de su población va a estar en el hemisferio sur. ¿Cuáles serán las consecuencias de este cambio? Se habla, por ejemplo, del necesario paso del centralismo romano y eurocentrismo a un policentrismo respetuoso de la vida e idiosincrasia del catolicismo en otras regiones. Se habla de la necesidad que tenemos las iglesias de occidente de aprender en contacto con las iglesias de los países pobres. Pero experimentamos a diario las inercias, resistencias y dificultades prácticas ante las que se estrellan los intentos de una praxis consecuente que se oriente hacia una Iglesia pobre y de los pobres. De otro lado nos encontramos con la alarma ante la «descristianización» y con la consigna de una «nueva evangelización». Sin embargo, creemos que una iglesia no puede mantenerse a la larga de experiencias ajenas, aunque con gozo quieran ofrecérselas las iglesias hermanas. Si la Iglesia en Europa no tiene una espiritualidad propia, un seguimiento propio del crucificado-resucitado, una espera propia de su venida, si ella misma no es, en sus miembros y en su vivir, la Esposa que lo espera con ansia, a la larga no podrá mantenerse de la transferencia espiritual de las iglesias pobres del hemisferio sur. ¿Cabe salvarse a la larga con transfusiones de sangre de mártires que mantengan con vida a una Iglesia europea que se desangra sin despertar de la anestesia del bienestar? ¿Tiene la Iglesia en Europa recursos propios?... Hemos de rechazar respuestas irresponsables por optimistas, fundamentalistas o empeñadas en ignorar la pregunta. Pensamos, no obstante, que la Iglesia en Europa puede o podría, en materia de espiritualidad, «beber de su propio pozo», como dice Bernardo de Claraval. El retazo de historia de una iglesia local que aquí queremos aventar y recordar, ¿no proporcio-

na un ejemplo válido de esa espiritualidad de la que andamos faltos? ¿no es éste un aljibe del que merece la pena beber, y por eso, evitar antes que lo aneguen o precinten?

Pero queda otro aspecto de la misma dificultad. Frente al «merece la pena» se alza, inamovible, el veredicto de ilusorio que recae en nuestros días sobre todo proyecto de resistencia frente al óbito de la memoria precaria y amenazada de aquella militancia, precisamente porque «éstos son otros tiempos»...

3. EL ÁNGEL DE LA MILITANCIA O EL PRECIO DE LA FE.

A diferencia del mito del progreso, nuestra fe judeo-cristiana vive de la memoria. «Acuérdate de Jesús el Cristo, resucitado de la muerte, del linaje de David; ésta es la buena noticia que anuncio y por ella sufro hasta llevar cadenas como un criminal; pero el mensaje de Dios no está encadenado» (2 Tim. 2, 8s). A diferencia de los saberes esotéricos y mitológicos, incluido el mito del progreso ilustrado, la teología judía o cristiana perdería toda consistencia y enmudecería si perdiese su relación con la historia. En sinagogas e iglesias cristianas, también en los asentamientos urbanos de las postrimerías del siglo XX, se sigue leyendo y explicando en público a Moisés y a los Profetas. Rodeados de las últimas tecnologías y en el mismo tren que nuestros vecinos de la aldea postmoderna, los cristianos seguimos reuniéndonos en memoria de Aquel que padeció bajo Poncio Pilatos. Los cristianos, de manera especial la confesión ortodoxa y la católica, cultivamos todavía hoy, en medio, repito, de un paisaje social anegado por el desbordamiento incontrolable del mercado, una forma particular de nuestra vinculación con la historia: la memoria de los santos. A diferencia del horóscopo o de la agenda diseñada a nuestra medida, el calendario cristiano ostenta en cada una de sus casillas sangre de mártires, inconformismo de vírgenes y nombres propios o colectivos de discípulos que nos han precedido en el signo de la fe.

Con la sobriedad de medios elegidos para esta reflexión sobre lo ocurrido en la A.C.E. en su conflicto con la jerarquía, quiero traer a primer plano este cultivo cristiano de la memoria de los santos como el aval teológico de la causa que nos ocupa. Hacerlo exige decir algo sobre el mito del progreso y acerca de la forma como el cristianismo ha de vérselas con él en nuestros días, es decir, acerca del precio del progreso y el precio de la fe.

Los autores de «La dialéctica de la Ilustración»⁷ forjaron, como un arma contra la hidra del fascismo, la fórmula de doble filo: la Ilustración es el mito y el mito ya es ilustración. Antes que ellos, Walter Benjamin, el judío que, huyendo de los nazis, se quitó la vida, ya en el Pirineo español, lograba legar 18 textos breves, a los que sus amigos de la escuela de Francfort dieron el título de «tesis», «sobre el concepto de la historia». Alguna reflexión contenida en estos textos, citada y manoseada hasta la saciedad, puede auxiliarnos también a nosotros para descubrir la sombra o la luz que la crisis de la A.C. arroja sobre nuestra situación presente. En particular, la tesis novena, en la que Benjamin toma pie de la pintura de Paul Klee «angelus novus» para expresar con esa imagen la dialéctica que él advierte entre mesianismo y progreso. He aquí la traducción del texto:

«Hay un cuadro de Klee llamado el angelus novus.. En él está representado un ángel que parece como si estuviera alejándose de algo en lo que está prendida su mirada. Sus ojos están desencajados, la boca abierta y sus alas extendidas. Así debe ser el ángel de la historia. Con el rostro vuelto hacia el pasado. Donde ante nosotros aparece una cadena de acontecimientos, él ve solamente una catástrofe, que amontona escombros sobre escombros y los arroja a sus pies. El ángel quisiera quedarse para despertar a los muertos y recomponer lo destruido, pero hay una tormenta, que sopla desde el paraíso y en la que se han venido sus alas, tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Esta tormenta lo empuja de espaldas y sin contención hacia el futuro, mientras el montón de escombros aumenta ante él hasta el cielo. Esa tormenta es lo que llamamos el progreso»⁸.

Hasta aquí, el texto de Benjamin. Si no me equivoco, el mismo viento de tormenta que impide al ángel cerrar sus alas o inclinarse para despertar a los muertos, es el que sopla, huracanado, a la hora de volvernos nosotros para encender del fuego que testigos recientes de nuestra propia iglesia

⁷ M. HORKHEIMER / Th. W. ADORNO, *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*. Francfort, Fischer 1969 (ed. orig.: New York, Social Studies Association 1944).

⁸ W. BENJAMIN, *Gesammelte Schriften*. Francfort, Suhrkamp 1972, t. I.2, 691 ss. (Traducción propia)

quieren en vano alargarnos. El cuadro tiene un acompañamiento sonoro. Desde el paraíso está tocando una orquesta, siempre la misma melodía, la que nos mandan bailar en todas la épocas. «No tengo oídos para esa música», nos dice el ángel de la militancia. Y añade: «sé de quién me he fiado». Dicho con las palabras de uno de los cobijados bajo sus alas: «Mi fe se la tengo que agradecer a los movimientos apostólicos, a los hombres del movimiento obrero que me descubrieron al Cristo, al cual yo me convertí. Y hoy sigo converso a El. Y sigo manteniendo mi fe mucho mejor que el primer día, porque creo que la he tratado de desarrollar».

El pozo de la militancia está ahí. ¿Querrá nuestra iglesia beber de él? ¿querrá nuestra iglesia pagar el precio de la fe y mantener viva la memoria de sus propios santos de la lucha obrera? ¿qué consecuencias tendría querer rescatar esta herencia?

No se nos malentienda. Sería calumnioso confundir el intento de confrontar a nuestra iglesia con su historia reciente, espabilando sus ojos para mirarse en el espejo de sus propias experiencias (cfr. *Carta de Santiago*), con un anhelo estéril de restauracionismo de izquierdas o similar empeño de vuelta atrás, en realidad, de ida al ghetto de una militancia fundamentalista. Los protagonistas de ayer son los primeros en rechazar el absurdo de un calco intemporal de su propia historia. ¿Qué concluimos entonces? ¿qué proponemos? No es ésta la pregunta. No proponemos, porque no nos corresponde. Sabemos que nuestra reflexión aboca a una aporía. A lo más, podemos intentar describir esa situación con trazos arrebatados.

A los pies del ángel de la militancia están los destrozos del vendaval, cada vez más evidentes. A casi treinta años del concilio de los laicos, ¿no es hoy menor que entonces su presencia corresponsable en la Iglesia de España? La raza de los consiliarios, de los militantes o de los sacerdotes-obreros está amenazada de extinción o extinta. La distancia entre la iglesia y la sociedad crece y amenaza con terminar echándonos al estercolero de los fundamentalismos. Incluso intraeclesialmente, ¿no se produce, a veces, la impresión –hija natural del clericalismo– de una preocupación alicorta por las vocaciones clericales, que no va acompañada en la misma medida del interés por cultivar todas las que arrancan del bautismo? Por bienintencionado que sea el deseo de una nueva evangelización, ¿qué resultados puede dar si en cada lugar no tiene en cuenta suficientemente las peculiaridades y experiencias propias tanto de las iglesias como de los destinatarios o fuese secundado e hipotecado por mentalidades y grupos voluntariamente ignorantes de los retos que la modernidad plantea a la fe? Se habla de nuevos movimientos, con notables cuotas de adscripción

y proselitismo. Pero sospechamos que esos modelos de iglesia no cultivan ese «seglar de nuestro tiempo» que los movimientos especializados estaban alumbrando y si lo tienen, ¡qué diferencia!... Puede ser, y este es el peligro a desenmascarar, que la Iglesia quiera salvarse pagando el precio del progreso: malvendiendo su propia riqueza, comiéndose a sus hijos, perdiendo y olvidando por completo el rastro de aquellos que envió a evangelizar al mundo del trabajo, etc.

A la vista de este panorama, entendemos que el ángel de la militancia no esté para conclusiones.

Antonio Murcia Santos
CETEP-Murcia